

DESPUÉS DE KENNEDY

HENRYK GALL

*Algunos aspectos del panorama electoral en los
Estados Unidos*

ESTAMOS OTRA vez en época de elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Los Estados Unidos son un país de permanente actividad electoral: cada cuatro años el pueblo norteamericano elige a su presidente y a su vicepresidente, cada dos años a los miembros de la cámara de diputados y a una tercera parte del senado y entre las elecciones a la presidencia y al congreso se llevan a cabo innumerables elecciones estatales, municipales y las elecciones de todos los jueces (menos los jueces federales, nombrados por el poder ejecutivo con el consentimiento del senado). De todas esas elecciones, la elección presidencial es la más importante y la más fascinante. La elección presidencial constituye el apogeo y el verdadero centro de la lucha política y electoral en los Estados Unidos. Además, la elección presidencial norteamericana es un acontecimiento de alcance mundial por la posición internacional de los Estados Unidos y por la posición predominante del presidente dentro del sistema político norteamericano. El resultado de las elecciones presidenciales significa no solamente un nuevo personaje en la Casa Blanca sino que también, o quizás ante todo, marca una nueva línea y una nueva conducta política interna y externa del gobierno de los Estados Unidos para los cuatro años venideros, sino es que no ocho, en el muy probable caso de la reelección del presidente.

El período preelectoral es un período de especulaciones, predicciones y profecías, ya que el sistema político y electoral norteamericano dificulta prever el resultado de las elecciones y está cargado de sorpresas potenciales. A lo largo de toda

la historia de los Estados Unidos, sólo en dos casos, el de Lincoln y el de Franklin Roosevelt, el resultado de los escrutinios presidenciales estaba prácticamente asegurado por la personalidad de los candidatos y por la situación en que se encontraba el país: la guerra civil en la época de Lincoln y los grandes cambios económicos y sociales y el conflicto mundial en el tiempo de Roosevelt. Kennedy, es casi seguro, hubiera constituido la tercera excepción a la tradición norteamericana de inseguridad electoral. Su muerte, por lo tanto, cambia radicalmente el panorama electoral y político actual de los Estados Unidos. El asesinato de Kennedy resucita la posibilidad de una victoria republicana e indica el advenimiento de una nueva era, de un nuevo pensamiento y de una nueva línea política —posiblemente bajo la forma de un regreso al clima antikedniano— aún si el vencedor en las elecciones fuese el propio Johnson y los demócratas se mantuvieran en la Casa Blanca.

El centro del poder

El propio sistema político y electoral de los Estados Unidos —por encima de las especulaciones y de la evaluación del presente panorama electoral— suministra la clave para el entendimiento y el análisis científico de los criterios que guían las elecciones presidenciales norteamericanas y de sus posibles resultados. Los factores que determinan el carácter de las elecciones presidenciales son de naturaleza extraconstitucional. Estos factores son: el predominio de la presidencia en la vida política norteamericana y la total subordinación de las elecciones presidenciales al sistema de los partidos políticos. Si el sistema político norteamericano lleva hoy el nombre de sistema presidencial, no es, sin embargo, la constitución norteamericana la que determina y origina la preponderancia del cargo presidencial. La Constitución de 1787 creó un Estado federal con un poder central más bien débil y disperso —a causa del sistema de control y frenos (checks and balances)— entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial y las prerrogativas de los Estados, muy fuertes y soberanas.

¿Cuál es el centro del poder del sistema político norteamericano según la Constitución de 1787? No hay duda que durante los primeros cien años de la existencia de los Estados Unidos este sistema se caracterizaba claramente por la supremacía del poder legislativo, o sea, del congreso. En 1881, el futuro presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, publicó un libro intitulado *The Congressional Government*. Tanto el título de este libro como su contenido confirman, sin reserva, que entre los poderes constitucionales norteamericanos el más importante, o cuando menos el "primus inter pares" era el congreso. El papel predominante del congreso en el sistema y en la vida política de los Estados Unidos era, en esta época, tan obvio que al gobierno estadounidense se le llamaba no solamente el gobierno congresional pero "el gobierno por comisión" a causa del poderoso papel desempeñado por las comisiones congresionales dentro del sistema político norteamericano. La evolución del sistema político estadounidense hacia la supremacía del poder ejecutivo y del puesto presidencial empieza a principio de este siglo y se debe a la moderna necesidad de una dirección ejecutiva y también a la fuerte personalidad de varios presidentes en los últimos cincuenta años, como Teodoro Roosevelt, el propio Woodrow Wilson y Franklin Delano Roosevelt; Truman, Eisenhower, Kennedy y Johnson encuentran el principio de la preponderancia del presidente ya bien establecido. De aquí la importancia trascendental de las elecciones presidenciales en el curso del presente siglo.

Los partidos políticos

Los partidos políticos en los Estados Unidos, como en los demás países democráticos, determinan tanto el mecanismo electoral, el carácter y las peculiaridades de la lucha electoral como las posibilidades de selección que se ofrecen al electorado. El gran historiador constitucionalista inglés, James Bryce, en su obra *Modern Democracies* afirma que los partidos políticos tienen dos principales funciones: dar a conocer sus programas y sus principios y organizar las elecciones. Sólo

la segunda parte de esa descripción, concebida sobre la naturaleza de los partidos políticos europeos tradicionales, es aplicable a los grandes partidos políticos norteamericanos. Éstos, de hecho, en los Estados Unidos, a diferencia de sus antepasados europeos, no tienen programas ni principios ideológicos y, por consiguiente, sus funciones y su papel se limita a la organización de las elecciones. ¿Cuál es, entonces, la verdadera naturaleza y la composición de los partidos políticos norteamericanos? Los grandes partidos políticos estadounidenses son, de hecho, coaliciones y alianzas de intereses ligados, vinculados y cimentados por un solo objetivo común, el de ganar el poder. De aquí una serie de importantes consecuencias que caracterizan a los partidos políticos norteamericanos. La primera es su carácter heterogéneo: para lograr su meta principal —el poder— los partidos políticos combinan los intereses regionales, contrarios y opuestos, en todo el vasto continente. Desde la formación de los partidos políticos, en las primeras elecciones presidenciales de 1787, el partido de Thomas Jefferson, el futuro partido demócrata, se basaba en una alianza entre los intereses feudales del Sur y las masas populares de las grandes ciudades del Este. No menos extraño era el animal republicano creado en el tiempo de Lincoln en forma de una coalición entre las financieras de Nueva York, Boston y Filadelfia y los intereses agrícolas de los Estados occidentales. Estas raras combinaciones de los intereses regionales opuestos explican por un lado la imposibilidad de dotar a los grandes partidos políticos de principios y programas ideológicos y por otro lado la falta de una diferencia clara y definida entre el partido demócrata y el partido republicano. El mencionado James Bryce en su libro *The American Commonwealth* (vol. II, pág. 20) escribe: “¿Cuál es la diferencia ideológica entre el partido republicano y el partido demócrata? Ninguno tiene principios ni convicciones firmes. Cada uno tiene una cierta tradición, su organización y sus intereses. Pero estos intereses se reducen a ganar y a mantenerse en el poder”. Las observaciones de Bryce son sin duda tan válidas hoy como a principios de siglo, cuando su libro fue publicado. Los grandes partidos

políticos norteamericanos resultan, pues, organizaciones puramente funcionales e instrumentales, son matrimonios de conveniencia y de necesidad entre agrupaciones estatales de intereses opuestos (se dice, por ejemplo, que hay tantos partidos demócratas y republicanos como Estados en la Unión) unidos en el sistema conyugal cuyo nombre es el poder.

Aunque los grandes partidos políticos norteamericanos desconocen programas y principios ideológicos, esto no significa la ausencia de una lucha ideológica en la vida política en los Estados Unidos. Esta lucha sí existe, pero, contrariamente al modelo europeo, tiene lugar no entre los partidos políticos sino dentro de cada uno de ellos. En realidad ambos grandes partidos, el demócrata y el republicano, tienen sus alas izquierdas, sus centros y sus alas derechas que luchan entre sí y solamente subordinan sus distintas opiniones políticas a la pugna por el poder en los momentos decisivos. Por consiguiente hay una afinidad mucho más grande entre las alas correspondientes de los dos partidos que entre todos los miembros nominales de cada uno de ellos. Los grandes liberales republicanos, por ejemplo, Fiorello La Guardia o Wendell Wilkie, estaban más cerca de la filosofía de un Franklin Delano Roosevelt que los conservadores y reaccionarios demócratas del Sur, cuya manera de pensar no se distinguía, y no se distingue, mucho de la de un Hoover, de un Taft o de un Barry Goldwater. La mayoría en el congreso no está necesariamente formada y dominada por el partido mayoritario —como en el clásico sistema parlamentario inglés— sino por una coalición más bien ideológica y compuesta por los grupos afines de los grandes partidos y que, en términos prácticos, es una alianza entre el centro y la derecha republicana y el ala sureña del partido demócrata.

El último rasgo sobresaliente del sistema de los partidos políticos estadounidenses es su carácter bipartidista. El sistema bipartidista norteamericano, heredado de la Gran Bretaña, no significa que en los Estados Unidos existen solamente dos grandes partidos políticos —el demócrata y el republi-

cano. En realidad, en Norteamérica existen y funcionan varios otros partidos políticos aún cuando el alcance de algunos de ellos esté limitado a un solo o a unos cuantos y no cubra toda la Unión. Entre estos partidos cabe mencionar algunos como el liberal, el laborista americano, el progresista independiente, el socialista y el comunista. Además, de vez en cuando, en los períodos de elecciones se forman los llamados "terceros" partidos que son movimientos de protesta y surgen de la división de uno u otro de los dos grandes. Así en 1912 se formó el "Bull Party" de Teodoro Roosevelt y en 1948 el partido progresista de Henry Wallace. ¿En qué, entonces, a la luz de la existencia de todos estos pequeños partidos de tipo más bien europeo e ideológico, consiste lo que se llama el sistema bipartidista norteamericano? Consiste, sencillamente, en que todos los pequeños partidos prácticamente no cuentan en la lucha electoral y en que el pueblo norteamericano puede escoger única y exclusivamente entre los candidatos puestos por los demócratas y por los republicanos, ya sea para el poder legislativo (en el congreso no hay ni un solo representante de los partidos menores), ya sea para el ejecutivo, especialmente, para el cargo de presidente.

Algunos otros factores

Otros factores importantes que hay que tomar en consideración para un análisis de las elecciones presidenciales norteamericanas son la geografía, la matemática electoral estadounidense y, finalmente, las personalidades de los candidatos. La geografía política de los Estados Unidos se asienta en las simpatías y de las tendencias que prevalecen en los Estados de la Unión y que permiten distinguir entre los Estados que tradicionalmente votan por el partido republicano y los que lo hacen por el partido demócrata. En el pasado la identificación de los Estados "republicanos" y "demócratas" era fácil. En grandes líneas, los demócratas podían contar con el Sur y con los grandes centros industriales de la costa del Atlántico y del Noroeste del país. La base de la

fuerza de los republicanos era el Norte, una parte de la Nueva Inglaterra y los Estados del Oeste agrícola. Sin embargo, en los últimos treinta años este mapa político de los Estados Unidos perdió gran parte de su validez y actualidad. En 1932, solamente cuatro Estados, Maine, Vermont, New Hampshire y Pennsylvania votaron por el candidato republicano Herbert Hoover. En 1948 Harry Truman perdió todo el Sur o sea una de las principales bases de la fuerza del partido demócrata. Las elecciones de 1952 y de 1956 (Eisenhower) y las de 1960 (Kennedy) tampoco se ajustaron a las líneas de este viejo mapa político de los Estados Unidos.

En el pasado —desde la época de Grover Cleveland, el primer presidente demócrata después de la guerra civil— existía una relación estrecha entre el mapa político y la matemática electoral de los Estados Unidos. Esta relación se manifestaba en un cierto equilibrio entre los Estados “republicanos” y “demócratas” y en la cantidad de los votos electorales con el cual podía contar cada uno de dos grandes partidos. La época rooseveltiana, o sea lucha contra la crisis económica y contra el “laissez-faire” del capitalismo clásico y la tendencia de reorganizar la sociedad en la dirección de lo que se llama hoy “el Estado benefactor” (Welfare State) puso fin al equilibrio de la vieja matemática electoral y trajo consigo una posición mayoritaria del partido demócrata. No es posible comprobar matemáticamente el predominio numérico de los demócratas, porque ni los partidos políticos llevan registros de sus miembros o partidarios ni éstos últimos pagan a los partidos cuotas periódicas alguna. Pero la confirmación del carácter mayoritario del partido demócrata emana de los resultados de las elecciones presidenciales en los últimos treinta años, o sea, desde la elección del segundo Roosevelt. Durante ocho de estos treinta años la Casa Blanca fue ocupada por los republicanos —fueron las dos administraciones de Eisenhower. Pero la conquista de la Casa Blanca fue el resultado indudable de la victoria personal del general y no del partido republicano, quien tiene todavía que demostrar que es capaz de ganar las elecciones sin un Eisenhower. “Llegó el momento de que el partido republicano

disponga una vez más de la mayoría en los Estados Unidos—, dijo últimamente el republicano William Scranton, un “candidato presidencial oculto”.

La personalidad del candidato

La doble victoria de Eisenhower fue sintomática de la fuerza atractiva que ejerce la personalidad del candidato sobre el electorado norteamericano. Este factor personal juega un papel quizás decisivo en la elección del candidato en los dos grandes partidos, y éstos no tienen programas ideológicos y su única meta es el poder, la selección del candidato presidencial debe lógica y forzosamente, estar subordinada al mismo criterio de conquista del supremo poder del país y el correspondiente y lucrativo patronato político. Pese a la existencia de todo un mecanismo para la selección del candidato presidencial —con la ayuda de las preelecciones y las llamadas convenciones nacionales de los dos grandes partidos—, el nombramiento del candidato depende, en el último análisis, de los políticos profesionales. Los tiempos de los grandes caciques políticos en los Estados Unidos pertenecen al pasado y los métodos de los políticos profesionales han cambiado y evolucionado. Pero no han cambiado los criterios que les guían en la selección del candidato presidencial y probablemente tampoco ha disminuido la influencia de los profesionales sobre su nombramiento, que sigue decidiéndose no en el foro de la reunión nacional del partido, sino en el “cuarto lleno de humo” (smoked filled room) donde se reúnen los políticos de carrera.

El año 1964: Kennedy, presidente y candidato

La fase activa de la campaña presidencial en los Estados Unidos empieza más o menos dos años antes de la fecha de las elecciones. Pero Kennedy empezó su campaña electoral por el segundo periodo desde su primer día en la Casa Blanca, debido esto a su tremendo instinto político o a que pensó en la realización de sus ideas en términos de largo plazo—

nadie dudaba que el nuevo mandatario era el próximo candidato presidencial de su partido. El presidente de los Estados Unidos es al mismo tiempo jefe de su partido. Estos dos cargos le aseguran la nominación de su partido para el segundo periodo si así lo desea. De hecho no existe un solo caso en toda la historia de los Estados Unidos en el que los partidos políticos hayan rechazado las aspiraciones de su presidente para el segundo periodo. Así, pues desde el primer día de su administración, Kennedy tenía asegurado el nombramiento de su partido para otros cuatro años. En un tiempo relativamente breve se vio que Kennedy —pese a que, como en el caso Roosevelt, los adversarios no eran menos que de los partidarios— tenía asegurada no solamente la nominación de su partido sino la victoria, en 1964, contra cualquier competidor republicano. ¿Cuáles fueron los factores que contribuyeron a formar esta convicción entre los propios demócratas, entre los republicanos, en la opinión pública de los Estados Unidos y en todo el mundo? Esta convicción se basaba en el hecho de que Kennedy reunía obviamente las condiciones necesarias para un segundo triunfo electoral. La tremenda autoridad del cargo presidencial constituye una valiosa y poderosa ayuda para el candidato que le ocupa al presentarse a las elecciones. Kennedy era presidente y futuro candidato del partido mayoritario y en el horizonte no aparecía un candidato republicano de tipo Eisenhower quien, por la fuerza atractiva de su personalidad, hubiera podido contrarrestar la ventaja numérica de los demócratas. Si había en la escena electoral de los Estados Unidos un político dotado de esta clase de atracción personal, este era el propio Kennedy; si había en la escena electoral de los Estados Unidos un político capaz de crear su propio mito y su propia leyenda, era de nuevo el mismo Kennedy. Si había en los Estados Unidos una personalidad política que simbolizaba el cambio, el advenimiento de la nueva y joven generación y la esperanza de poder enterrar un día los fantasmas del pasado, una vez más era Kennedy y nadie más. Finalmente era también Kennedy, entre todos los estadistas norteamericanos, quien representaba para el pueblo de los Estados Unidos el

progreso en el frente nacional y el establecimiento de la paz en el mundo. Durante la administración de Eisenhower la Suprema Corte de los Estados Unidos tomó la trascendental decisión sobre la abolición de la segregación racial y fue el propio Eisenhower quien apoyó esta decisión con sanciones federales previstas en la Constitución. Pero fue Kennedy el que tuvo la suerte de ser considerado el abanderado de la lucha por la igualdad racial. Ya durante la presidencia de Eisenhower se manifestó un cierto cambio en la política de los Estados Unidos frente a los problemas del mundo en desarrollo y especialmente en lo que se refería a los pueblos latinoamericanos. Pero fue otra vez Kennedy quien promovió la Alianza para el Progreso y demostró una simpatía sincera por la lucha por la justicia social de los pueblos subdesarrollados; fue también él quien, por la conclusión con la Unión Soviética del tratado sobre la suspensión parcial de las pruebas nucleares, hizo la primera brecha, si bien tímida, en la guerra fría.

Desde Roosevelt y el fenómeno difícilmente explicable de Eisenhower, no hubo en los Estados Unidos un candidato más formidable que el presidente Kennedy; ni hubo problemas que en la campaña electoral permitieran a cualquier oponente republicano desafiar seriamente su liderato. A ello se debió el retiro de Nixon, las malogradas críticas de Rockefeller, el silencio de los potenciales pretendientes republicanos. Eso fue también causa de la más bien inexplicable candidatura del senador Barry Goldwater y de la disposición del partido republicano para apoyar a este desesperanzado pretendiente.

Por encima de todo Kennedy disponía de una excelente organización electoral ya rodada, lo que, al margen de todas las ventajas personales y de situación, constituye siempre un factor importantísimo en la realidad electoral norteamericana.

No cabía duda de que Kennedy era el presidente y lo sería en el periodo siguiente y —si él hubiera vivido— la campaña electoral hubiera sido de pura forma.

Después de Kennedy

El asesinato de Kennedy puso a prueba el sistema político norteamericano y cambió radicalmente el panorama electoral en los Estados Unidos. Gracias a Johnson el sistema pasó la prueba satisfactoriamente y la vida política norteamericana siguió su curso sin seria interrupción. ¿Cuál es la nueva situación electoral del lado demócrata y del lado republicano? Se puede afirmar, en cuanto a los demócratas, que algunas de las ventajas que tanto favorecían a Kennedy siguen siendo válidas y están al alcance del presidente Johnson. Como Kennedy, Johnson es un político muy hábil: no le tomó más tiempo que a Kennedy el empezar a actuar como el candidato presidencial. Johnson como su predecesor se presenta a las elecciones en cuanto presidente de los Estados Unidos y jefe máximo de los demócratas, lo que le asegura el nombramiento de su partido. Tuvo la habilidad de seguir la política del difunto presidente, mantuvo en sus puestos a casi todos los colaboradores de Kennedy, se esforzó en guardar las mejores posibles relaciones con la muy influyente familia de éste y aparentemente se aseguró la colaboración de la formidable organización electoral manejada por esta familia. Los demócratas siguen siendo el partido mayoritario y además Johnson puede contar con el apoyo de los Estados sureños, que seguramente no hubieran votado por Kennedy. Otra cosa importante es que Johnson tomó el poder en el auge de la prosperidad económica que —según todos los vaticinios— seguirá su marcha ascendente.

El nuevo mandatario parece pues dominar la situación y gozar de un margen de seguridad importante de que el electorado norteamericano prolongará su estancia en la Casa Blanca. Johnson de todos modos, tiene problemas. Los principales son la revitalización de la oposición republicana y en el hecho de que su actuación como presidente de los Estados Unidos es demasiado breve para que el electorado norteamericano haya adquirido idea favorable de su nuevo mandatario y sus aptitudes presidenciales.

Existen también algunas sospechas, expresadas frecuente-

mente por la prensa norteamericana, acerca de la sinceridad de Johnson en cuanto a la constitución del programa político del presidente Kennedy y sobre la imagen personal que el actual mandatario trata de proyectar sobre el electorado. Algunos observadores indican que al tratar de contentar a todo el mundo, presentándose a unos como un conservador liberal y a otros como un liberal conservador, Johnson hace que se dude de la firmeza de sus propias opiniones.

Estas dudas y sospechas son probablemente la base de la creciente presión —claramente manifestada en las preelecciones del New Hampshire— para que Johnson acepte la candidatura de Robert Kennedy a la vicepresidencia de los Estados Unidos.

La muerte de Kennedy redujo automáticamente las posibilidades del senador Goldwater, no en cuanto a ganar las elecciones, que nunca fue factible, sino en cuanto a obtener el nombramiento de su partido, hasta entonces convencido de la victoria del presidente en ejercicio. El asesinato cambió el panorama electoral para los republicanos y animó a pretendientes más serios del “viejo y magnífico partido” quienes ahora creen sinceramente en la posibilidad de vencer a Johnson y ganar las elecciones. ¿Quién será el candidato republicano? Para contestar esta pregunta hay que aplicar el criterio tardicional de los políticos profesionales para saber cuál pretendiente reúne las condiciones que pueden llevarle a la victoria. Pero los profesionales republicanos dejan que pase el tiempo, pues saben que es prematuro contestar esta pregunta. Faltan muchos indicios, como los resultados de las preelecciones en varios Estados, los sondeos de la opinión pública y el poder calcular la eficiencia y el ascendiente logrado por la actuación de los pretendientes.

Los resultados de la preelección en el New Hampshire no han traído un cambio radical en la situación electoral y no han suministrado a los políticos profesionales nuevos elementos para la decisión inmediata. La importancia de estas preelecciones ha sido tremendamente exagerada, especialmente por la prensa y por los otros medios de información pública. Cien mil republicanos y cuarenta mil electores presiden-

ciales que tocan a este pequeño estado. En las elecciones del próximo mes de noviembre participarán setenta millones de norteamericanos que elegirán a más de mil electores presidenciales. Esta relación indica la improbabilidad de que New Hampshire tenga una fuerte repercusión sobre el resultado de las elecciones nacionales. Tampoco la victoria de Henry Cabot Lodge constituye un punto clave en la lucha electoral por el nombramiento presidencial en el campo republicano. Los resultados de las preelecciones en New Hampshire no han sido una sorpresa inesperada. Se prevía la posibilidad de la victoria de Lodge por ser el vecino de Massachusetts, "hermano mayor" del pequeño Estado de New Hampshire. El nombre de Lodge, como posibilidad presidencial, fue mencionado por primera vez por el general Eisenhower. (Cabe recordar que fue Eisenhower quien nombró a Cabot Lodge delegado de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, después de que el último perdió, en Massachusetts en 1952, las elecciones al senado contra el futuro —presidente Kennedy.) Los promotores de Lodge en el New Hampshire insistían continuamente en la amistad entre Eisenhower y Cabot Lodge y lanzaron un programa de televisión en el cual el general, feliz y confiado, decía de Lodge: "Es el hombre que necesitamos." Indudablemente el significado de los resultados en las preelecciones en New Hampshire no está en la victoria de Henry Cabot Lodge —cuya fuerza política sigue siendo muy limitada— sino en la expresión por el electorado del pequeño Estado de la insatisfacción por las candidaturas más activas del senador Goldwater y del gobernador Rockefeller. En términos de política práctica, la victoria de Lodge dejó las preelecciones en New Hampshire sin vencedor. Pero la derrota de Goldwater y de Rockefeller puede tener una repercusión psicológica en forma de un posible fortalecimiento de las posiciones de un Nixon o de un Scranton. Sin embargo, como antes de las preelecciones del New Hampshire, no hay que perder de vista el criterio básico que guía a los políticos profesionales. Mientras los republicanos consideran que contra el presidente Kennedy iban a una derrota segura no excluían aún a un Goldwater. Pero ahora que sí creen en la posibili-

dad de la victoria, su candidato será el que —pese a New Hampshire y posiblemente a los futuros resultados en las otras preelecciones estatales— tenga mayores oportunidades de ganar a Johnson.

Queda poco tiempo para que en el campo republicano surja una nueva personalidad, un nuevo candidato desconocido de la opinión pública y que se haya mantenido al margen de la campaña electoral. Sigue siendo dudoso que el partido republicano decida a nombrar al senador Goldwater porque su nominación sería una tácita admisión de la imposibilidad de ganar contra Johnson. Quedan Rockefeller, Nixon y el gobernador William W. Scranton, de Pennsylvania. Será entonces uno de ellos, o en caso de un empate un "dark horse" designado como resultado de una posible transacción de la convención republicana en San Francisco. En este último caso, el criterio que determinará la selección del candidato de transacción no será la esperanza de la victoria en 1964, sino el mantenimiento de la unidad del partido republicano hasta las elecciones presidenciales de 1968.

No es posible ni recomendable tratar de prever el resultado de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Sin embargo todo parece indicar que el presidente Johnson se encuentra, cuando menos por el momento, en una situación favorable frente a sus competidores republicanos, y sus posibilidades de quedarse en la Casa Blanca seguirán siendo buenas, a menos que hubiera un cambio en la presente situación electoral como resultado de algún acontecimiento nuevo. Si Johnson gana las elecciones, será la primera vez desde la guerra civil que el partido demócrata y el pueblo norteamericano elijan a un sureño para la presidencia de los Estados Unidos. Quizás el cambio básico en la presente situación electoral norteamericana y en la que prevaleció mientras vivió Kennedy, es que la mayor parte del país consideraba al difunto presidente no solamente como al candidato más fuerte sino también como el hombre mejor calificado para gobernar al país; mientras que ahora no existe tal convicción en cuanto a los candidatos de ambos partidos, incluyendo al presidente Johnson. De aquí que se pueda dudar justificadamente de

si en el presente panorama electoral en los Estados Unidos ya todo es "Mane tekkel fares".

24 de marzo de 1964

BIBLIOGRAFÍA

1. J. L. SEURIN, *La Structure Interne des partis politiques Americains*, Paris, 1953.
2. E. SCHATTSNEIDER, *Party Government*, New York, 1942.
3. V. O. KEY, *Politics, Parties and Pressure groups*, New York, 1958.
4. A. LEISERSON, *Parties and Politics*, New York, 1958.
5. H. BONE, *American Politics and the Party System*, New York, 1955.
6. I. HINDEBRAKER, *Party Politics*, New York, 1956.
7. C. E. MERRIAM and H. F. GROSVELL, *The American Party System*, New York, 1949.
8. H. A. TURNER, *Politics in the United States*, New York, 1955.
9. William B. HESSELTINE, *The Rise and Fall of Third Parties*, Washington, 1948.